

No contento con la información, de cuyo resultado no podía menos de dudar, recordó una vez más Rodrigo de Cervantes la añeja deuda que con él tenía el licenciado Pedro Sánchez de Córdoba. Fué esta deuda en la familia de Cervantes uno de esos señuelos engañosos en que suelen confiar las gentes cándidas ó las que no cuentan con recursos habituales y regulares para vivir. Se espera el cobro de la deuda como se aguarda el premio de la lotería, la herencia del pariente lejano ó cualquier otro recurso fantástico y casi inmaterial que nunca llega. En el año de 1578 se sabe que estuvo Sánchez de Córdoba en Madrid; pero, sin duda, no hallaron los Cervantes medio alguno de hacerse pagar, ó quizás ni siquiera vieron á su insolvente deudor. Tan desgraciado era en todo Rodrigo de Cervantes que ninguno de los procedimientos empleados por él obtuvo ni sombra de éxito.

Mientras tanto, su mujer y sus hijas se daban toda la prisa y ponían en ejecución todos los recursos posibles para sacar adelante su propósito. En Mayo, Doña Magdalena daba poder á cierto Alonso de Córdoba para que fuese á la ciudad de Jerez de los Caballeros, donde residía D. Alonso Pacheco de Portocarrero, ya casado y en posesión de su patrimonio, para reclamarle, requerirle y apremiarle al pago de los quinientos ducados, ya famosos en la familia y casi tan ilusorios é imaginarios como los ochocientos del licenciado Sánchez de Córdoba. Por su parte, Doña Andrea, á quien debieron de quedar bienes de su difunto Nicolás de Ovando y que tal vez estaba casada en segundas nupcias ó en preparativos de boda con el florentín Santes Ambrosi, se comprometió á aprontar doscientos ducados de su bolsillo.

Todas las mujeres de la casa menudeaban sus visitas al convento de la Merced, sin que aquellos buenos padres pudieran decirles palabras muy halagüeñas y consolatorias respecto de rescates, pues aún se estaba en Argel sin rescatar, viejo y enfermo y casi á punto de muerte, el santísimo Fray Jorge del Olivar, por falta de recursos en la Orden ó por otros motivos. No obstante, un fraile del convento de Madrid, el comendador Fray Jerónimo de

Villalobos, apremiado y compadecido por las súplicas de las llorosas mujeres, les dió algunas esperanzas de posible redención.

Sirviendo como intermediario el padre Villalobos, entraron los Cervantes en relaciones con Hernando de Torres, el mercader valenciano de quien, sin duda, les había hablado ya D. Francisco de Meneses: así que en 29 de Junio se comprometió toda la familia á pagar, sobre los doscientos escudos ofrecidos por Doña Andrea y los mil setenta y siete reales entregados ya al comendador Fray Jerónimo, para que se los enviase á Torres, todo el resto de la cantidad bastante á completar la suma del rescate de Miguel.

Nótase en este documento la personalidad que había cobrado ya Doña Magdalena y cómo, estando soltera, comprometía su firma y sus bienes. Adviértese además cuán grande era la unión de toda la familia y cómo la ausencia no había entibiado el afecto que al hijo y hermano tenían. Trataban, todos unidos, de hacer un supremo esfuerzo para salvarle, y comprendiendo que al poder material del dinero convendría añadir la eficacia moral de un testimonio en que se acreditara nuevamente lo que valía Miguel, quizá escribieron á Flandes para pedir una certificación al Señor Don Juan, y de fijo que la petición halló ya al héroe acechado por la calentura y en malísima disposición de espíritu. Lo seguro es que acudieron al duque de Sessa, D. Gonzalo Fernández de Córdoba, que se hallaba á la sazón en Madrid. Trabajo debió de costar á las Cervantas entrar en la casa del desengañado prócer, mas consiguieronlo por fin, y en 25 de Julio de 1578 firmó el Duque la nueva certificación que se le pedía.

Si alguna prueba hiciese falta de la extraña fascinación que la persona de Cervantes ejercía en derredor suyo, la tendríamos en las justas y elocuentes palabras del duque de Sessa. Habían pasado siete años casi y habían caído sobre el melancólico espíritu del Duque no pocas lluvias, nieves y escarchas de desilusiones, que blanquearon su cabeza y entumecieron su corazón, cuando hé aquí que se le presentan unas mujeres enlutadas á preguntarle por un soldado de tantos como hicieron proezas memorables en la batalla naval... Cuando el Duque recordaba tan

particularmente las de Miguel, ¿cómo no atribuir esto á la honda impresión que le causara ver, conocer y tratar después en Nápoles á aquel soldado raso? ¿cómo no creer, según ya se ha dicho, que debió de hablar con él de versos ó de amores, de esperanzas y desengaños?

Soldados heroicos había tenido muchos á sus órdenes: soldados poetas y de tan fino y hondo intelecto como el que Miguel en sus palabras revelaba, ningún otro. Seca ya el alma, como de la aridez de sus frases se infiere, el recuerdo de Miguel persistía en ella.

Cuenta el Duque en términos concisos, sin ninguna fórmula de elogio, lo que le vió hacer á Miguel y lo que de él se le quedó en la memoria. El certificado es tanto más honroso cuanto que en ninguna línea de él se traduce la más leve chispa de afecto. Pedídesle afección y dulzura á los caballeros del *Expolio* ó á los soldados del *San Mauricio* del Greco: pedídesla á aquellos hombres de las negras ropillas y de las manos afiladas. La hora de la blandura aún no había llegado. Las fórmulas aritméticas y los teoremas geométricos del cardenal Martínez Silíceo, infiltrados en el alma del rey para toda su vida, parecían rezumar de la suya á la de sus cortesanos y generales. *Peleó muy bien y cumplió con lo que debía*, eran ponderaciones y elogios exagerados en boca de un general, hablando de un simple arcabucero.

Despacio, muy despacio iban, pues, las diligencias de doña Leonor y de sus hijas. Todo el estío se les pasó llamando á diferentes puertas. En muchas ocasiones, el fiel amigo Getino de Guzmán acompañaba á las tristes solicitantes y les facilitaba el entrar en las covachuelas y oficinas donde, entre bostezos de tedio y de apetito, se recibían á diario centenares de solicitudes análogas.

En Diciembre se logró una cédula real autorizando á doña Leonor á sacar de Valencia con destino á Argel dos mil ducados de mercaderías lícitas, con cuyo beneficio pudiera atender á los gastos del rescate; pero estas licencias, dadas más para tapar la boca á los peticionarios, que para satisfacerles de verdad se concedían muy á menudo y costaba trabajo revendérselas á los mer-

caderes que habían de aprovecharlas. La otorgada á doña Leonor caducaba á los seis meses y por mucho que corrió y se afaná la pobre señora no encontró hasta el mes de Marzo mercader que diese por ella más de sesenta ducados.

Generoso el monarca, en apariencia al menos, para hacer estas concesiones que nada valían, era ó eran sus empleados los contadores y receptores de Cruzada muy exigentes en pedir cuentas de cualquier dinero que se hubiera librado para los rescates. Repetidas veces reclamaron á doña Leonor que justificara la inversión de los sesenta escudos que se le dieron para rescatar á sus dos hijos, sin que las contestaciones de la buena señora pareciesen convencer á aquellos covachuelistas. En Febrero de 1579, cuando más esperanzada se hallaba de obtener nuevos recursos, recibe un pliego en que el receptor de Cruzada la manda restituir los sesenta ducados que se le libraron dos años antes y amenaza con ejecutar al fiador que era el alguacil Getino de Guzmán.

Por intervención de éste se logra en Marzo parar el golpe, hablando al secretario Juanes, quien dice á los otros señores del Consejo de Cruzada que, en efecto, él ha visto rescatado á Rodrigo. Aquellos señores se fian del dicho de Juanes, por ser de la casa y suspenden la ejecución, atendiendo más á las recomendaciones é influencias, como sucede y sucedió siempre en España, que á las perentorias y justas razones expuestas por doña Leonor.

En los primeros meses de 1579 se sabe que la Orden de la Trinidad prepara una nueva redención que deje memoria y achi-que y oscurezca á la realizada últimamente por la Merced. Las Cervantas dirigen ahora sus implorantes pasos y sus repetidas súplicas al convento de la calle de Atocha.

Ya muy entrado el año, conocen y tratan á un santo varón de grandes luces, de singular dulzura que oye á las enlutadas mujeres con amable interés. Entrando en confianza con él, acaba doña Leonor por confesarle la inocente mentira en que ha incurrido para inspirar compasión, diciendo ser viuda. Le cuenta los apuros de la familia, la incapacidad de su marido Rodrigo, motivada por su sordera, los arbitrios de que viven ella y sus hijos, el constante

ir y venir suyo á Alcalá de Henares donde aún conserva amigos y parientes. Fray Juan Gil es, además de fraile, un discreto hombre de mundo, que rápidamente se hace cargo de todo. Con las mejores palabras que sabe y él las posee bonísimas, procura quitar del alma de las pobres mujeres la pesadumbre que las abate. Fray Juan Gil es un hombre alegre, animoso, optimista. Su lucio y redondo semblante inspira confianza. Doña Leonor, con instinto de madre, presente que sus asuntos van, por fin, á encaminarse bien.

En tanto Miguel, que, por su ingenio y recursos ha logrado otra vez mayor holgura y menos rigor en la prisión, vuelve á tratarse con los más principales cautivos de Argel. Andando por las calles ó entrando en los baños reconoce á su antiguo amigo y paisano el capitán Jerónimo Ramírez, natural de Alcalá de Henares, á quien había conocido en Italia; al caballero sanjuanista don Antonio González de Torres; al noble señor aragonés D. Jerónimo de Palafox, á quien Azán-bajá tiene por el cautivo de mayor rescate entre todos los suyos. Acaso va Miguel con frecuencia á visitar al doliente anciano fray Jorge del Olivar, que lleno de achaques y tendido en un camastro, aguarda tranquilo la muerte.

La fe que en los dichos y hechos del casi moribundo religioso resplandece, inspira á Miguel admirables versos místicos que intercaló en sus comedias argelinas y en cuya inspiración y belleza casi nadie se ha fijado; pero no se limita á escribir versos. De acuerdo con él, con el Dr. Becerra y con los otros caballeros cautivos, hasta veintinueve de los más significados de Argel, redacta el Dr. Antonio de Sosa un mensaje ó memorial, en latín, cuyas copias dirigen al Papa Gregorio XIII y al Rey D. Felipe y á otros príncipes y grandes señores de la cristiandad, exponiéndoles el tristísimo estado en que fray Jorge del Olivar se encuentra, y el poco ó ningún caso que de su heroico sacrificio se hace por quien más debiera interesarse en ello y piden que sea rescatado, cueste lo que cueste, y que se quede en Argel para bien y consuelo de los demás cautivos, pues todos como á padre le aman y reverencian.

La tristeza que le causa el ver cuán pronto se olvidan los li-

bres de los cautivos, aún siendo estos tan considerables cual Fray Jorge del Olivar, vienen á aumentarla los tropiezos que para su propio rescate encuentra Miguel en Hernando de Torres.

Lentos van pasando los días y los meses sin que la esperanza luzca en el horizonte lejano. En todo el estío y en los comienzos del otoño no corre por Argel otra noticia sino la de haber llegado á Africa un formidable ejército mandado por el propio Rey de Portugal, D. Sebastián el *animoso*. Piensan los cautivos que va á repetirse por tierra un hecho de tal importancia como el de Lepanto. Sábese que es D. Sebastián un Rey caballero andante, que sueña con dominar y poseer toda Africa, correr la Arabia, pasar á la India. La audacia de los navegantes portugueses necesita y requiere ser completada y confirmada con la osadía de los portugueses soldados. De aquel pequeño reino saldrá tal vez el dominio de Europa en todo el mundo. La empresa de D. Sebastián es el comienzo de un poema como la *Gerusalemme*, ó de un libro de caballerías como el *Orlando*. Miguel presta oído atento, desde su prisión, al lejano rumor de las armas.

A primeros de Agosto, la noticia de haber sido aniquilado el ejército de D. Sebastián en Alcazarquivir, corre súbita y terrible por Argel. La derrota ha sido más grande aún que la de los turcos en Lepanto. Del rey nada se sabe. El poema ha quedado roto en el primer canto: el libro de caballerías, anegado en sangre en el primer capítulo. Van pasando los días y Miguel conoce nuevos pormenores de la catástrofe. En ella ha perecido peleando como bueno aquel delicado poeta filósofo que se llamó el capitán Francisco de Aldana. Con él, la flor de los caballeros portugueses y muchos españoles.

Entrado Noviembre, otra noticia más triste aún hiela la sangre en las venas de Miguel. Cristianos venidos de España dicen que á primeros de Octubre murió en Flandes, y no en el campo de batalla, sino en un lecho de hostería, como un soldado cualquiera, el Señor Don Juan de Austria. Miguel contempla rotas las figuras de los dos bravos paladines y llora la muerte de su general, en quien ponía sus esperanzas todas. Andando por las calles, los moricos repiten el sonsonete lúgubre:

Don Juan no venir,
Don Juan no venir,
acá morir,
acá morir.

El día 12 de Diciembre de 1578, Azán-bajá, presentes todos sus esclavos, mata en su casa, por sus propias manos, á fuerza de darle palos en la barriga, al cautivo mallorquín Pedro Soler, que había intentado huirse á Orán. A Miguel le retiñen en las orejas las agrias voces de los moricos:

Acá morir,
acá morir,
Don Juan no*venir...

Ya no podía venir Don Juan. Las esperanzas iban apagándose.

CAPÍTULO XXIV

EL BAÑO GRANDE DEL REY.—DOS RENEGADOS ESPAÑOLES.
CERVANTES, POETA MARIANO.—LOS APUROS DE UN
MERCADER.—RENACE LA CALMA

El baño grande del rey Azán-bajá era una espaciosa cuadra ó aposento de setenta pies de largo por cuarenta de ancho, en el que se amontonaban á veces centenares de cautivos, á veces millares. Tenía dos pisos y estaba rodeado de aposentos para los cautivos que lograban la dicha de hallarse solos. En el centro del piso bajo había un aljibe de claras aguas. En un extremo se mostraba un altarcillo de fábrica, sin retablo ni imágenes para que los sacerdotes dijeran misa, lo cual hacía cada cual con los ornamentos que pudo salvar de su desventura y con un crucifijo propio ó prestado: á veces se celebró sin más imagen que una estampa de escapulario, una hoja de misal, una Virgen pintada en un naipe ó un Cristo arrancado de un rosario. Los días de misa, que eran muchos, unos cautivos avisaban á otros, y de los demás baños acudían á cumplir con la devoción y á comunicarse entre sí.

Hay que pensar hasta qué punto aquellos hombres se hallarían hambrientos de conversación y sedientos de nuevas, y cómo aprovecharían las ocasiones de reunirse y contarse luengas mentiras con que nutrían su decadente esperanza. ¿Cómo podremos representarnos el estado del alma de casi todos los cautivos sino recordando que muchos de ellos habían olvidado los sucesos anteriores á la cautividad, y algunos, hasta sus apellidos paternos? Así había tanto Juan Vizcaíno, José de Cuenca, Antonio Montañés.